

razones, un acto del Congreso no expedido en forma legal ni mucho ménos sancionado. Decídalo la prudencia del Consejo. Mi ambicion quedará satisfecha i premiado mi trabajo, si he conseguido demostrar que no infundadamente rechazan las jentes sensatas la filosofia de Tracy, sino en fuerza de racional convencimiento i de sana intencion.

Bogotá, a 30 de setiembre de 1870.

MIGUEL ANTONIO CARO.

INFORME DEL SEÑOR ALVAREZ.

SEÑORES DEL CONSEJO.

I.

El señor Rector de la Universidad ha dispuesto se me pida un informe acerca de los fundamentos que he tenido para adoptar el texto de Destutt de Tracy, de preferencia al programa escojido por el señor doctor Ancizar, en sus lecciones del presente año i en las del año de 1869. Tal vez quienes mejor podrian satisfacer a esta exigencia serian el mismo señor Rector, los miembros del Consejo, para quienes se me pide el informe, i el Poder Ejecutivo de la Nacion. La razon es mui sencilla: ellos fueron los que me llamaron a la cátedra de filosofia: para todos eran conocidas mis ideas i el puesto que a la sazon ocupaba yo en la controversia que hoi ajita las intelijencias en la República sobre las cuestiones fundamentales de la enseñanza; todos sabian que he sido yo quien en la última época ha emprendido el trabajo de restablecer el estudio de la filosofia i de las ciencias morales i políticas al camino por donde marchaban cuando una reaccion contra las ideas de los fundadores de la Repùblica, proscribió la enseñanza libre para poner en su lugar la escuela de la autoridad.

Temeraria ha parecido a muchos mi empresa, pues nada ménos que temeridad parece que se necesita aquí para luchar contra los intereses de los que se han adueñado de los entendimientos en este pueblo que se cree libre; i sobre todo, para luchar con el desconcierto en que usando de toda clase de poder, se ha logrado en treinta años colocar las intelijencias sobre las cuestiones fundamentales de la filosofia, de la moral i de la política.

Al ser llamado yo a enseñar la filosofia elemental en la Universidad, i en los momentos en que la controversia llegaba a proporciones jamas conocidas entre nosotros, entendi i debí entender se queria que mis ideas fuesen enseñadas; pues mal podia imaginar que en los que me llamaban existiese el pensamiento de que yo viniera a plegarme a ideas que, aunque respetables por las personas que las profesan, son las que vengo combatiendo.

Para atender a la exigencia que se me hace, voi a exponer los fundamentos de mi procedimiento, dando tan solo razones jenerales, pues un

análisis del libro que he adoptado como texto, i del programa del señor doctor Ancízar, seria una obra tan larga que para ser completa exijiria escribir otro libro. Pero ántes de entrar en materia, permitidme una franca declaracion.

II.

Yo no presumo de sabio: i esto me pone en el deber de deciros porqué he tenido resolucion para venir aquí, a ocupar un lugar que otras personas podrian disputarme con mejores títulos.

Jeneralmente he visto adoptado como método de enseñanza en las ciencias, el de dar a la juventud un sistema de proposiciones a las cuales se llama principios, cuyo fundamento es una aseveracion ininteligible; o mas bien, el de enseñar que sobre principios no debe disputarse, de manera que no hai para qué averiguar la razon de lo que se enseña. Este dogmatismo rejia en la Universidad cuando yo concurri a sus clases de filosofía. En uno de los programas de la materia, correspondiente a aquella época, se encuentra terminantemente consignada la proposicion que sirve de base, esto es: que no se debe entrar en cuestiones de principios; de manera que a tóda proposicion que se llame así se le debe dar un ciego asentimiento, sobre la fe del que enseña.

Este modo de enseñar no necesita de ninguna filosofía, pues se reduce en sustancia a proceder con los jóvenes de la Universidad como con los indios de doctrina: no tienen para qué preguntar la razon de lo que se les enseña; aquella razon que produzca una verdadera certidumbre, para que no veamos a los hombres que aquí se formen cambiando de ideas como de vestido.

Si en la Universidad hubiera de adoptarse semejante procedimiento dogmático, deberia empezarse por proscribir el estudio de la filosofía: nada hai mas contrario al dogmatismo que los estudios filosóficos, sobre todo cuando se lidia con una juventud a la cual no pueden cerrarse los caminos por donde no se quiera que vaya. En cuanto a mí, os declaro que desde el colegio estoi en abierta insurrección contra semejante modo de proceder; cada dia mi persuasion es mayor respecto de su mal oríjen i de sus malas consecuencias para la sociedad, aunque sea mui provechoso para algunos: luchar contra él con tenacidad i con mis medios intelectuales, sean los que fueren, tal es mi pensamiento; ahí teneis la razon por la cual me resolví a ocupar el puesto a que fuí llamado.

III.

Colocado en el caso de enseñar la filosofía elemental, una cuestión primera debia presentárseme i de la cual os doi cuenta para haceros cono-

cer la razon de mis procedimientos. La juventud que viene a la Universidad se propone adquirir conocimientos verdaderos, es decir, aprender las ciencias i las artes que de ellas emanan; de aquí el que tengamos que pensar en esto:

¿POR DÓNDE DEBE EMPEZARSE EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS?

La importancia de esta cuestion no puede ocultarse a vosotros. No es indiferente para obtener un resultado el modo como procedamos: al contrario, el procedimiento decide de la consecucion del fin que deseamos alcanzar.

Si un hombre tiene un campo al cual quiere hacer producir, lo primero que necesita es tener instrumentos i saber el uso que de ellos debe hacer. Así, el que quiere adquirir conocimientos, lo primero que necesita es saber cuáles son los medios de que dispone para adquirir esos conocimientos, i de qué manera debe hacer uso de ellos. El estudio de nuestros medios de conocer es, pues, el principio necesario de todo estudio: él pertenece a la filosofia i es la parte de ella que con propiedad creo puede llamarse elemental. Debiendo empezar el estudio de las ciencias por el estudio de nuestros medios de conocer, es esta la primera razon por qué no he seguido el programa del señor doctor Ancízar. Este programa empieza por la Sicolojía i se propone dilucidar cuestiones sobre la esencia i naturaleza del alma, sobre el destino de ésta, sobre si el hombre, uno i trino en espíritu, es la imájen i semejanza de Dios; i otras tesis no ménos graves, pero a las cuales no debe llegarse sino despues de haber estudiado los medios de conocer que tiene el hombre, i el uso que de ellos debe hacer para poder resolverlas. Creo con el conde de Tracy, que estas investigaciones pertenecen a la parte de la metafísica que depende de la teología, de la cual debe formarse un curso separado, si se estima necesario que en la Universidad se den estas enseñanzas.

Hecha esta separacion necesaria, la filosofia elemental debe concretarse al estudio de nuestros medios de conocer, lo que incluye el conocimiento de en qué consiste la verdad, si podemos estar ciertos de alguna cosa, i cuál es la causa del error. Esta parte de las ciencias que nos enseña las leyes de la naturaleza del hombre i de las cosas de que depende el conocimiento de la verdad, de la certidumbre i del error, es lo que forma la *ciencia de la lógica*.

IV.

“Segun la opinion comun, dice el conde de Tracy, la lógica es el arte de razonar. Tal como yo la concibo, no es el arte de razonar: me parece que es, o debe ser, una ciencia puramente especulativa, consistente tan solo en

el exámen de la formacion de nuestras ideas, de los modos de expresarlas, de su combinacion i de su deduccion: de este exámen resulta, o ha de resultar, el conocimiento de los caractéres de la verdad i de la certeza, de las causas de la incertidumbre i del error.

“Cuando tal ciencia esté formada, perfectamente formada, i posea verdades incontestables, entonces se podrán deducir de ella, con seguridad, los principios del arte de razonar, es decir, el arte de dirijir el espíritu en la investigacion de la verdad, el cual comprende igualmente el arte de estudiar i el de enseñar, o en otros términos, el arte de adquirir conocimientos verdaderos i el de comunicarlos clara i exactamente, ora por medio de lecciones habladas o escritas, ora en la simple conversacion.

“Antes de aquella época todas las reglas que hayan de prescribirse al raciocinio, serán temerarias o aventuradas; tal es mi opinion. Serán verdaderas recetas empíricas, que sin fundamento en teoría alguna cierta i completa, tendrán a lo mas por apoyo observaciones mas o ménos imperfectas i sin enlace bastante entre sí. Tales son, en mi concepto, todas las reglas que hasta el presente han sido dadas. Mas no por eso pretendo yo censurarlas todas indistintamente por falta de exactitud, ni mucho ménos desconocer el mérito de los hombres que han escrito sobre la materia. Me limito tan solo a una verdad que no podrá negarse, a saber: *todo arte depende siempre de una ciencia*.

“Es así que hasta hoy todos los lójicos, sin exceptuar aquellos a quienes se considera como hombres superiores, han confundido el arte con la ciencia, i mas se han ocupado en dar las reglas del uno que en asentar los principios de la otra; luego se han apresurado a llegar a un resultado i han invertido el órden de las ideas. Es, pues, la ciencia lo que debemos crear para proceder con método: de ella se sacarán en seguida i con facilidad consecuencias útiles para la práctica.”

V.

Penetrado de estas verdades, me propuse dar al estudio de la lójica el jiro que ellas indican. Me aparté, pues, del uso comun, que todavía hace consistir la lójica en el arte de hacer silojismos. Este arte lo creo radicalmente falso, i así se ha demostrado. Él se funda en el axioma de que dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí. Esto es verdad; pero no lo es que las dos ideas de un juicio sean iguales bajo ningun aspecto: jamas el sujeto de un juicio es igual a su atributo; luego si un razonamiento nos viene a dar por resultado esa igualdad, en vez de la verdad del juicio, lo que nos probaria seria su falsedad.

Ademas, si este arte fuera verdadero, lo mas que nos probaria seria la lejitimidad de una consecuencia i no su verdad; pues el arte nada nos asegura sobre la verdad de la proposicion de la cual deducimos otra, i al fin nos encontramos con la misma dificultad.

Esto ha hecho decir al conde de Tracy lo siguiente:

“Cuanto al arte, si no queremos tomarnos el trabajo de estudiar a Aristóteles, trabajo mui penoso, podemos obtener un conocimiento harto extenso de sus principios en el capítulo IV de la Lójica de Hobbes, i en la parte 3.^a de la de MM. de Port-Royal. En esta materia es lo mejor que yo conozco. Admiro, sobre todo, el juicio que acerca de aquel filósofo emiten los autores de las dos obras citadas. He aquí cómo se expresan los de la última:

“La parte que ahora vamos a tratar i que comprende las reglas del “raciocinio, es considerada como la mas importante de la lójica, i casi la “única que allí se trata con algun cuidado; pero hai motivos para dudar “si es tan útil como se la supone. Como en otro lugar lo hemos dicho, la “mayor parte de los errores humanos, mas provienen de que los hombres “raciocinan sobre principios falsos (*sobre ideas de que no se han dado cuenta*), que de que raciocinen mal segun sus propios principios. Rara “vez acontece que nos dejemos engañar por razonamientos que no son “falsos, sino porque la consecuencia que de ellos se saca está mal deduci-“da; i hombres que no serian capaces de reconocer esa falsedad *por la sola luz de la razon*, tampoco lo serian ordinariamente (*puede decirse que jamas*) de entender las reglas que se les dan, i mucho ménos de “aplicarlas.”

“I añaden, por otra parte, al principio del capítulo sobre los silojismos complejos:

“Preciso es confesar que si bien hai personas para quienes la lójica “es útil, hai tambien muchas para quienes es perjudicial; * i es necesario “reconocer igualmente, que a nadie daña mas que a aquellos que mas se “precian de entenderla i pretenden con mas vanidad aparecer como bue-“nos lójicos; porque siendo esa misma afectacion el signo de un talento “inferior i poco sólido, sucede que adhiriéndose mas a la corteza de las “reglas que al buen sentido que es el alma de ellas, llegan fácilmente a “desechar por malos, razonamientos que son buenos, porque tales hom-“bres carecen de luces bastantes para ajustarlos a esas reglas, las que solo “sirven para engañarlos, a causa de que no las comprenden sino de una “manera imperfecta.

“Para evitar este defecto, que se resiente mucho de pedantería, nada “digna del hombre de bien, debemos examinar la solidez de los raciocini-“os, ántes por la luz natural que por las formas; i cuando en ellos se “encuentran dificultades, uno de los medios de conseguirlo es hacer ra-“ciocinios semejantes sobre diferentes materias; si nos parece claramente “que concluye bien, ateniéndose únicamente al buen sentido, si encontra-“mos al propio tiempo algo que no juzguemos conforme a las reglas,

* Téngase presente que se viene hablando del arte de hacer silojismos.

“debemos creer que ello proviene de falta de un buen discernimiento, “antes que afirmar que con efecto es contrario a ellas.”

“Poco mas, poco menos, Hobbes dice lo mismo en varios lugares.

“En mi concepto, se puede deducir de todo esto: 1.^o Que esas famosas reglas carecen de fundamento, supuesto que nada nos enseñan acerca de la parte mas importante de los raciocinios; los principios; 2.^o Que son mas difíciles de comprender, que las dificultades que ellas están destinadas a aclarar; i 3.^o Que en conclusion no son absolutamente buenas para nada, pues en todos los casos dificultosos, lo mejor que podemos hacer es no servirnos de ellas, i aun decidirnos en contra de lo que ellas parecen prescribir.”

Estas verdades os harán conocer que he tenido, una vez más, razon para no seguir el programa del señor doctor Ancízar, tratándose de enseñar la lógica. El programa considera el silojismo como *la forma esencial de todo raciocinio*, i procede en consecuencia a decir cuál es el axioma en que se funda, cuál es su estructura, i cuáles son sus reglas. Si las ideas que he expuesto tienen fundamento, me concedereis que no he debido someterme al programa formado por el señor doctor Ancízar, aunque sus opiniones deban ser altamente respetadas, como lo son por mi parte.

VI.

Establecido que el estudio de las ciencias debe empezar por el de nuestros medios de conocer, paso a deciros cuáles son las ideas que estoy enseñando, i así quedará dada la razon de por qué he adoptado el texto del conde de Tracy.

Investigar nuestros medios de conocer, es tratar primeramente de saber las causas de nuestros conocimientos: cuestión que se ha planteado en estos términos:

¿CUÁL ES EL ORÍJEN DE NUESTRAS IDEAS?

Vosotros sabéis que esta es la cuestión fundamental de la filosofía: su resolución entraña la de todas las demás. Esta es la arena en que han lidiado las más altas inteligencias, sin poder ponérse de acuerdo; i antes por el contrario, parece que se alejan cada día más de un avenimiento cualquiera. Cuando se medita en esta gran controversia, al principio se cree que hay en el entendimiento humano una deficiencia, un vicio natural que le impide conocer la verdad en este hecho, que por ser propio del mismo entendimiento no debería ofrecer dificultad tan grave. Yo, sin embargo, me he convencido de que las causas de la profunda e irreconciliable discrepancia que hay en esto, son puramente facticias; pero de tal magnitud, que la inteligencia no vislumbra una esperanza de término en esta lucha intelectual: voi a exponeros el fundamento de esta convicción.

Apurando las investigaciones históricas sobre el origen de las sociedades, encontramos que su punto de partida ha sido el de la ignorancia en todo sentido. De ésta han nacido los errores, i de éstos casi todos los males que sufre la especie humana. Todos esos errores nacidos en la infancia de las sociedades, se presentan con un carácter de perpetuidad cuya causa no es mui difícil conocer: todo error se perpetúa en la sociedad porque hai quienes lo explotén, i en consecuencia, quienes lo sostengan i fortifiquen con el mismo poder que es el fruto de la explotación.

Los errores que favorecen intereses individuales aislados, duran poco: por eso cada cual se afana por hacer de su explotación un negocio de casta, de clase, de compañía o de parcialidad, para que se forme una asociación, que bien organizada, llega así a hacerse poderosa sobre una sociedad ignorante o supeditada por un poder a que cada uno aisladamente no puede resistir; i no teniendo medio para formar una fuerza colectiva, cada uno concluye por someterse. Entónces la cuestión se reduce a ver cada cual cómo sale de la masa de los explotados i se coloca en la fila de los explotadores. Así es como en las sociedades se mantienen consagradas como verdades muchas imposturas que la ignorancia acepta, i para las cuales jamás podrá brillar la luz, porque le están cerrados todos los caminos por donde pueda herirlas.

Si hubiera quien se presentara trayendo a los hombres el remedio eficaz contra tal situación, ese insensato sufriría las consecuencias de su arrojo. ¿Se dejarían derrotar los poderosos que viven de las imposturas i de las injusticias, permitiendo que hubiera quien hiciese conocerlas a los pueblos? Es claro que no. Pues esta misión corresponde a la filosofía: es ella la que tiene que dar en tierra con los que medran con los errores, que lo son todos los poderosos, casi todos los pretendidos sabios; i en fin, todos los que han resuelto el problema de vivir del sudor de los demás con el beneplácito de éstos.

Esta es la razón por qué este debate no tiene término. Anteriormente bastó la fuerza para ahogar toda tentativa en favor de la verdad. Después, cuando la fuerza aparecía impotente, se apeló a forjar adrede una falsa filosofía para enredar en ella el entendimiento humano, i el éxito de este recurso ha sido verdaderamente extraordinario. Las convicciones más sinceras se han formado en favor de los intereses de excepción; i esto explica el fenómeno que en todas partes se presenta: los pueblos más avanzados trabajan en remachar sus propias cadenas i se despedazan espontáneamente en servicio de sus mismos opresores. I no es menor el mal que se nota cuando vemos tantas intenciones elevadas desalentarse delante de los obstáculos i doblegarse al error, por no sufrir la suerte que ordinariamente ha cabido a los leales propagadores de la verdad.

VII.

Tres soluciones se han presentado en el campo de la filosofia a la cuestion del oríjen de las ideas; o mejor dicho, en tres se pueden refundir esas soluciones:

1.^a La que afirma las ideas innatas, es decir, que el hombre al nacer trae los conocimientos;

2.^a La que afirma que aunque no hai ideas innatas, existen en el hombre facultades que por su propia virtud le dan conocimientos;

3.^a La que afirma que todos los conocimientos son adquiridos: que estos tienen causas determinadas i conocidas, que se ponen en accion mediante el trabajo del hombre.

Aunque la hipótesis de las ideas innatas ha vuelto a estar de moda i con ella se engalana la filosofia del siglo XIX; sus nuevos partidarios no han dado la prueba de su aseveracion que siempre se les ha pedido, por lo cual nada nuevo creo que hai que replicar. Que el hombre venga al mundo con conocimientos es un hecho que no está probado; i es una gran desgracia que no sea verdadero, pero tambien es una gran desgracia admitir como tal una proposicion que extravía el entendimiento humano desde el primer paso en sus esfuerzos e-investigaciones.

Lo mismo podemos decir de la afirmacion, que en muchas i distintas formas se ha hecho, de que el hombre está dotado de facultades que por su propia virtud le dan los conocimientos, sin explicar el modo como esto se verifica. Es tambien una desgracia que tales facultades, con tales funciones no existan; pero la creencia jeneral de que la ciencia se adquiere de golpe i por inspiracion, ha sido la causa de que los hombres de pasiones exaltadas, tomando sus juicios erróneos por verdades inspiradas, se conviertan en dogmatizadores, iluminados, charlatanes que, encontrando en ese error comun un punto de apoyo, han seducido al vulgo (i para el caso casi todos son vulgo), i han extraviado a los pueblos i fundado el imperio de la impostura.

VIII.

Si apartándonos de las precedentes hipótesis nos fijamos en que nuestros conocimientos son efectos que, como tales, tienen sus causas jeneradoras; que el conocimiento de éstas es lo que resuelve la cuestion; i que en toda clase de conocimientos la observacion i la experiencia son lo único que nos da a conocer la relacion que hai entre los efectos i sus causas, fácilmente nos pondremos en camino de llegar al fin que nos proponemos.

La escuela experimental, que es a la que se deben los progresos de todas las ciencias, sin exceptuar uno solo, es la que nos suministra el procedimiento para establecer la primera verdad en lógica, resolviendo la primera dificultad i poniéndonos en aptitud de resolver todas las demás.

¿Se trata de saber cuál es el orígen de nuestros conocimientos? pues lo que debe hacerse es tomar estos i ver cuáles son sus hechos jeneradores, i seguir por estos hasta encontrar para todos un hecho único i primero en su clase; recorrida esta cadena, tenemos conocido el orígen de nuestras ideas; así como para conocer el tronco comun de los individuos de una familia, subimos de cada uno hasta el punto donde todos se juntan: en este punto está el orígen que deseamos conocer.

Si resumimos nuestros conocimientos i los clasificamos de alguna de las maneras adoptadas, vemos que ellos nos vienen, o de la presencia de un objeto que sentimos, i de aquí las ideas intuitivas i concretas; o son una cualidad sentida en un objeto i hecha a su vez sujeto de nuestros juicios formando con estos una cadena que llamamos razonamiento, i de aquí todas las ideas deductivas i abstractas; o son cualidades sentidas en muchos objetos, lo que nos lleva a juntar estos bajo una denominacion genérica o comun, que viene a formar una idea general, i de aquí todas las verdades inductivas i los principios de todas las ciencias.

Si analizamos cada uno de estos órdenes de conocimientos, vemos que todos tienen su punto de partida necesario en una sensacion, que sin ella el conocimiento no existiria; luego el orígen de todos nuestros conocimientos está en la facultad de sentir que tiene el alma: elimíñese esta facultad, i el hombre nada conoceria; elimíñese alguno de los medios por los cuales la sensibilidad se ejerce, i los conocimientos que por ese medio se adquieren no existen: un ciego de nacimiento nada sabe de colores ni de las ideas abstractas que de ellos se forman; un sordo de nacimiento nada sabe de sonidos ni de las ideas abstractas que de ellos se forman.

Los conocimientos del orden moral, que son los que versan sobre las cualidades de los actos humanos, se hallan en el mismo caso: si no sintiéramos los actos humanos, no percibiríamos sus cualidades, no las conocieríamos, no podríamos por lo mismo abstraerlas para formar con ellas juicios i razonamientos, con los cuales formamos todo el sistema moral.

Pero téngase presente que no entiendo por sensibilidad, como algunos pretenden, la propiedad que tienen nuestros nervios de ser afectados; ni tampoco la sola facultad de recibir impresiones por causas externas: esto seria hacer de la sensibilidad una propiedad de la materia. La sensacion no es una funcion de los órganos corporales; sentir es una facultad del ser pensante: es en último análisis la misma facultad de conocer: sentimos lo que conocemos, conocemos lo que sentimos. Cada uno puede apelar a sí mismo i preguntarse si puede conocer sin sentir, o sentir sin conocer.

La facultad de sentir se manifiesta por el ejercicio de cuatro facultades que son otros tantos modos de sentir o manifestaciones de esa facultad una: percibir, juzgar, recordar i desear, son estas cuatro facultades; su ejercicio i su combinacion explican el orígen de todos nuestros conocimientos.

Hallar en una facultad del alma el fundamento de la existencia de todas las demás, no es una cosa que haya pasado a los filósofos de la escuela experimental solamente; otros han hallado el mismo hecho aunque dando otro nombre a las facultades, o reputándolas distintas; pero siempre viendo un hecho primero de que nacen todos los demás. Pero los que consideran la sensibilidad como una propiedad de la materia, consideran errónea la teoría sensualista, cuando el error está en que ellos atribuyen a la materia como propiedad, lo que es una facultad del ser pensante.

Si una teoría del entendimiento humano no debe ser otra cosa que la exposición de los hechos relativos a él, de la manera como pasan, la observación i la experiencia son los únicos medios de formar una teoría verdadera. Procediendo así es como se ha venido a ver que las facultades de percibir, juzgar, recordar i desechar, forman nuestros medios de conocer, pues en ellas tienen origen nuestras ideas. La verdad de este hecho no puede ponerse en duda al reflexionar que sin estas facultades nada conoceríamos, i que el primer instante de su ejercicio es también el primero de nuestros conocimientos. El estudio de esos medios de conocer en todos sus desarrollos i combinaciones, el conocimiento de las leyes de su naturaleza, debe darnos el criterio de la verdad; pues siendo esta una cualidad de nuestros juicios, el conocimiento de éstos i de sus elementos debe darnos el de esa cualidad.

Tales son a mi entender las ideas fundamentales del conde de Tracy, i sobre las cuales ha calcado sus Elementos de Ideología en que trata del origen i formación de nuestras ideas, de su expresión i de su deducción: él ha expuesto lo que hai en el entendimiento humano: no ha formado un romance para agradar, ni un sistema imaginario para servir a intereses dominantes. La mejor garantía que da la lógica del conde de Tracy, es que ella no puede servir de fundamento a ningún sistema de imposturas con que se explote la ignorancia o la credulidad de los pueblos: esa lógica es útil a los engañados i no a los engañadores. Probad llevarla a cualquiera de esos países donde los hombres son víctimas de sus mismos errores, i vereis el terrible escándalo que forman los explotadores de estos.

Yo no he presentado a la juventud ese libro como obra infalible: precisamente su principal mérito consiste en enseñar a sacudir el yugo de toda autoridad, empezando por la del maestro. Nadie en las ciencias puede lisonjearse de no haber errado, ni de haber dicho la última palabra: el más feliz será aquel que acertando en las ideas fundamentales de la materia de que trata, pueda recoger mayor número de verdades, ordenarlas i presentarlas de una manera intelijible, sin que pueda pretender que juicios erróneos no se hayan mezclado con los verdaderos. Cuando un libro está escrito con un criterio tal, que éste sirve para rectificar los errores del mismo, este libro merece confianza, pues coloca al alumno en posición de ejercitarse sus facultades, para darles virilidad; i eso es de lo que debe tratarse en el estudio de la filosofía elemental, que es la jinástica del entendimiento.

IX.

Se ha dicho i se repite que la doctrina del conde de Tracy es materialista. Téngase presente que en materias científicas lo que hai que examinar en las doctrinas, es su verdad: todo argumento que no conduzca a demostrar o combatir esta, es un sofisma; pero por la gravedad del que aquí se emplea, i por ser una arma prohibida de que se hace constantemente uso, no puedo resolverme a concluir sin darle una respuesta.

Por materialismo se entiende una doctrina que enseña que no hai mas que materia, i que la facultad de pensar reside en ella. La obra del conde de Tracy no examina estas cuestiones que, como he dicho, él indica pertenecen a aquella parte de la metafísica que depende de la teología. La esencia i naturaleza del ser pensante, su destino i sus otros atributos, no entran en el estudio de sus medios de conocer, que son a los que se concreta la lójica: nada, pues, se prejuzga sobre esas otras cuestiones. Decir que de tal o cual facultad del alma nacen sus medios de conocer, no es ser materialista: el materialismo queda establecido en las ideas contrarias que implícitamente sostienen que una facultad del alma no es sino un atributo de la materia. La doctrina del conde de Tracy deja el campo libre a la sicología, a la fisiología i a la teología, para que resuelvan esas otras cuestiones.

Otra objecion que he oido hacer a las doctrinas del conde de Tracy, es la de que ellas son viejas. Como se ve, de esto nada podemos concluir en pro ni en contra de la verdad de ellas. Pero este sofisma se funda en la creencia comun de que el último que habla es el que tiene razon. De ahí, el que muchos sean admiradores de todo lo nuevo que se dice i aun de lo mui viejo cuando se reproduce en las formas que la moda exige: persona de estas conozco, que cada vez que hace un viaje viene admirando las nuevas verdades, sin perjuicio de que las del anterior lo eran entonces.

Viniendo a la lójica, no es esta una ciencia que se haya formado por tal hombre i en tal fecha: el espíritu humano ha venido lentamente hallando las verdades de ella, i las que hoi posee, son el resultado de la labor de siglos enteros. Si desde el principio de este siglo en que escribió el conde de Tracy, se ha avanzado hasta hoi, todo se reduce a formar el apéndice de las nuevas verdades. Por lo que a mí toca, para llenar mis deberes, las he buscado en los nuevos libros que he podido haber, i que se presentan como la última expresión de los adelantos del presente siglo. Debo decir, que en jeneral lo que he hallado son viejos errores, que en la época presente ha vuelto a poner de moda la reaccion de esa filosofía oficial que se propone acogotar las ciencias para que sirvan a los intereses dominantes.

X.

No se me esconde lo singular de mi situación en este caso, en que vengo a estrellarme contra las ideas del jefe del establecimiento; pero he

creido que cuando se llama a la Universidad un catedrático, es para que enseñe sus ideas i no las de un programa con el cual no está de acuerdo, sin desconocer por esto el derecho que tiene el poder llamado a expresar la voluntad nacional, para indicar cuáles son las doctrinas que quiere se enseñen en la Universidad, que en este caso cada uno queda en libertad para ver si puede o no prestar el servicio que se exige: ya he dicho lo que yo entendí respecto de mi elección.

Convencido de la importancia de la verdad, la he buscado, habiendo recorrido los sistemas mas en boga: mi entendimiento se ha detenido donde una serie de pruebas le han dado la certidumbre de hallarla. Con todo, si se me convenciere de error, no por esto me arrepentiré de los esfuerzos que he hecho para hacer conocer las ideas que me parecen verdaderas, pues ellas habrán servido para llamar la atención a estas materias i hacer brotar del choque la luz. Las convicciones que en tal caso se formaran, llevarían la garantía de la discusión i del examen; sabría cada uno si podría estar cierto de alguna cosa i cuál era la base de esta certidumbre; i quedarían así proscritos de las ciencias el dogmatismo i la autoridad, quedando en su lugar triunfante el libre examen i establecida entre nosotros la emancipación de las ciencias.

Bogotá, 8 de octubre de 1870.

FRANCISCO E. ÁLVAREZ.

Universidad nacional de los Estados Unidos de Colombia—Escuela de Literatura i Filosofía—Número 68.

Bogotá, noviembre 8 de 1870.

EL RECTOR.

Al señor Rector de la Universidad nacional.

Tengo el honor de participar a usted que el Consejo de la Escuela de Literatura i Filosofía, en su sesión de anoche, aprobó la siguiente proposición:

“El Consejo de la Escuela de Literatura i Filosofía,

Vistos los informes relativos a los “Elementos de Ideología por el conde Destutt de Tracy,” presentados al Consejo por los señores Añízar, Caro i Álvarez;

Considerando que el progreso natural de las ciencias i la acertada dirección de su enseñanza no se avienen con la fijación de un texto único e invariable;

RESUELVE:

Pedir respetuosamente al Poder Ejecutivo nacional, que solicite del Congreso para la Universidad, la restitución de plena libertad de elegir los textos de enseñanza en sus Escuelas.”

Lo que comunico a usted para los fines consiguientes, suscribiéndome con respeto i consideración su atento servidor.

A. VÁRGAS VEGA.